



América Latina:

La depredación social y ambiental de las multinacionales hoteleras

Alba Sud *
investigación y comunicación para el desarrollo



América Latina: La depredación social y ambiental de las multinacionales hoteleras

Alba Sud *
investigación y comunicación para el desarrollo



Daniel Gatti | Rel-UITA | 2011

En los países del Tercer Mundo donde se instalan, las transnacionales hoteleras destacan por la sobreexplotación a la que someten a la mano de obra local y al medio ambiente, según un estudio universitario presentado en España.

Joan Buades, ex diputado verde español e integrante del Grupo de Investigación en Sostenibilidad y Territorio de la Universidad de las islas Baleares, asegura que por lo general las multinacionales del sector buscan en los países en que se establecen leyes laborales “laxas” y poder echar mano a los recursos naturales, esencialmente el agua. “Cuando los han agotado apuntan a nuevos destinos”, dice.

El estudio está centrado en las cadenas hoteleras de origen balear, cinco de las cuales (Sol Meliá, Barceló, Riu, Iberostar y Fiesta) figuran entre las 70 multinacionales más grandes del mundo en este sector.

Buades trae a colación el caso de la cadena Riu, poseedora de 109 hoteles en 18 países, situada en el lugar 27 del ranking mundial de las hoteleras, y conocida por un historial de denuncias por malas prácticas laborales y ambientales.

Durante la construcción de un complejo de lujo en la playa de Matapalo, en Costa Rica, por ejemplo, la compañía sometió a los trabajadores nicaragüenses que empleó a condiciones tan extremas que 200 de ellos enfermaron y uno murió.

El complejo, uno de los mayores de Costa Rica (cuenta con 700 habitaciones y un campo de golf), fue denunciado por expandirse sin contar con los permisos correspondientes, extraer ilegalmente agua de pozos y destruir bosque tropical.

El Grupo Sol Meliá, el primero de España y el décimo quinto del mundo en el sector hotelero, presente en 27 países, ha sido también reiteradamente denunciado por persecución sindical, violación sistemática de convenios laborales y atropellos ambientales diversos.

Otro de los puntos en común entre estas megaempresas es que nacieron y crecieron amparadas por el franquismo.

Tras la caída del régimen, en 1975, y la adopción en España de leyes que protegían en mayor grado a los



trabajadores y tendían a limitar la libre disposición de agua y suelo a que estaban acostumbradas estas empresas, buscaron nuevos horizontes, fundamentalmente en el Caribe, México, el África mediterránea o algunos países asiáticos.

Iberostar, instalada en 16 países, es propiedad de una familia, los Fluxá, que figuró en primera línea de respaldo económico al golpe de Estado del Generalísimo, en 1936.

Entre las cadenas españolas que operan en República Dominicana está Fiesta Hoteles, perteneciente a la familia Matutes, fuertemente relacionada con el franquismo y propietaria, además de hoteles, de firmas navieras, de la construcción, de bancos y tierras por un total de 500 millones de euros.

Uno de los miembros del clan, Abel Matutes, fue ministro del ex presidente del gobierno español José María Aznar, y se lo involucra en escándalos de corrupción.

“Las multinacionales hoteleras son indiferentes al carácter democrático o no de los países donde se instalan. Sólo exigen que los gobiernos no se metan con ellas y les garanticen paz social”, apunta Buades en su investigación, difundida este mes de julio por el periódico español Diagonal.

Los paraísos fiscales como Panamá, las Caimán o Jersey las seducen, sea para operar allí como para cruzar intereses con otras firmas, como es el caso de Sol Meliá, que “colabora con más de 20 entidades” en esos edenés del libre mercado.

“El grupo Barceló participa de lobbies especulativos como Farallón (relacionado con Halliburton, de Dick Cheney, ex vicepresidente de Estados Unidos, que se benefició de la guerra de Irak) y el banco Santander, que tiene varias guaridas en paraísos fiscales”, destaca Diagonal basándose en Buades.

México es una de las naciones en que las transnacionales hoteleras españolas encuentran mejores condiciones para operar desde hace largos años, y donde más denuncias se les ha formulado.

El Caribe mexicano, recuerda Buades, es uno de los destinos turísticos más concurridos del planeta. En 2009 llegaron a esos parajes unos tres millones de



visitantes que se repartieron entre las 40.000 plazas hoteleras disponibles.

Las megacadenas hoteleras, en especial españolas y estadounidenses, fueron atraídas hacia esa región por una política activa del Estado mexicano, que en la década de los 70 declaró al estado de Quintana Roo zona libre de todo, en especial de derechos laborales y de normas ambientales y prometió total impunidad a esas transnacionales.

En diciembre de 2007, la revista mexicana Proceso mostró cómo la construcción de un hotel de lujo de la cadena ibérica NH había sido realizada por cientos de trabajadores que provenían del estado de Chiapas y a los que se pagaba sueldos miserables y se los hacía trabajar los siete días de la semana, viviendo hacinados en barracones y sin atención médica.

“Aunque debido a la crisis económica y a que ya no queda prácticamente terreno para construir los trabajos de edificación se han reducido, todavía quedan campamentos de este tipo en algunas obras

de la Riviera Maya, pero resulta casi imposible acceder a ellos al estar flanqueados por vigilantes armados”.

A los obreros que allí viven se les paga no más de cien dólares a la semana, y de esa remuneración se les descuenta la comida que reciben y hasta el “alojamiento” en habitaciones colectivas en las que duermen en el suelo y protegidos apenas por plásticos. Con suerte les queda algo de dinero para enviar a sus familias.

El desembarco de las multinacionales hoteleras modificó por completo la fisonomía social, laboral y cultural del Caribe mexicano, señala Alejandro Eguía Lis, un militante social que durante 15 años trabajó en establecimientos de este tipo y ha emprendido una campaña de denuncia del modus operandi de las cadenas.

Cuando la industria hotelera en Cancún y otras ciudades turísticas se componía de pequeños establecimientos no demasiado lujosos, sus empleados



eran relativamente bien remunerados y hasta podían gozar de las playas del lugar.

Las multinacionales, que por lo general han levantado hoteles de alto standing, pagan sueldos de sobrevivencia (si los pagan, porque a veces sus empleados sólo viven de las propinas que reciben) y se han apropiado de las playas, de las que han segregado a la población local, muy especialmente a los indígenas mayas.

“Los mayas no son bienvenidos. No pueden entrar a los hoteles. Hasta Rigoberta Menchú vino a una conferencia de derechos humanos y la expulsaron. Le dijeron que se fuera a vender trencitas”, denuncia Eguía.

El propio entramado urbano de Cancún se ha polarizado, entre una zona urbanizada, habitada por las clases media y alta, y otra superpoblada, de

crecimiento “espontáneo”, las llamadas regiones, donde viven los pobres y abundan las casas de empeño y los locales de Alcohólicos Anónimos. Cancún tiene una de las tasas de suicidio más altas de México (11,1 por cada cien mil habitantes según las últimas cifras conocidas, de 2007), y quienes se autoeliminan viven fundamentalmente en las “regiones”.

Algunas de esas comunidades son asediadas por bandas de delincuentes pagadas por grandes empresas que pretenden quedarse con las tierras en las que viven, como les sucedió en enero de 2008 a las 50 familias largas de la colonia Maracuyá, asaltada y saqueada por desconocidos armados de machetes y revólveres.

“El mexicano en estas zonas está solo, y si a esto se le suma el ver la opulencia de la zona hotelera el sentido de la frustración se agudiza”, dice Eguía.

Las cadenas hoteleras ibéricas han sido funcionales a la promoción de una “nueva forma de colonización” de parte del estado español, señalan recientes investigaciones.

Tal es la tesis de un estudio del ex diputado verde e integrante del Grupo de Investigación en Sostenibilidad y Territorio de la Universidad de las islas Baleares Joan Buades.

A través del Instituto de Comercio Exterior y acuerdos bilaterales con países como República Dominicana y México, “España ha promovido esta nueva forma de colonización”, dice Buades.

Hace ya unas dos décadas, afirma por su lado Rodrigo Fernández Miranda, militante de la asociación Ecologistas en Acción, que el Estado español apoya la expansión internacional de los capitales privados de ese origen mediante fondos públicos.

Algunos de ellos están específicamente concentrados en el sector turismo.

La Ayuda Oficial al Desarrollo sirve a menudo para traficar esos incentivos públicos a las empresas privadas, agrega.

La industria turística es una de las que más tempranamente se “deslocalizó” desde el Norte industrializado hacia el Tercer Mundo. En los países ricos había llegado a un techo y “no podía crecer más debido a la saturación del propio territorio”.

“Gracias a la connivencia entre poderes públicos y privados, y con las pautas marcadas por los organismos internacionales, se liberalizaron los mercados y se

presionó para la entrada de la inversión extranjera directa” en el Tercer Mundo.

El acceso a precios cada vez más competitivos de las clases medias europeas al turismo internacional de masas contribuyó a cerrar el círculo.

Esos sectores llegan ahora, a pesar incluso de la crisis de los últimos tres o cuatro años, a mercados que algunas décadas atrás parecían impensables y que las transnacionales hoteleras les sirven en bandeja, constata por su lado el Observatorio de Multinacionales en América Latina.

Las grandes cadenas españolas se han focalizado en esas capas medias europeas que viajan una semana al año a rincones remotos y consumen lo que se les ofrezca, con escasos miramientos.

Los propios países del sur compiten entre sí para atraer a esos consumidores y flexibilizan cuanto pueden las exigencias al inversor que los aporta.

En ese movimiento se genera “una dinámica perversa en la que cada país oferta las mejores condiciones para el capital extranjero: exenciones fiscales, descenso de las condiciones laborales, eliminación de las regulaciones ambientales, permisos para repatriar la totalidad de los beneficios, cesión de terrenos y recursos públicos”, dice Fernández Miranda a la revista española Diagonal.

A esos incentivos “se los llama eufemísticamente estímulos a la inversión”.

Pero muy seguido no representan más que pan para hoy y hambre para mañana.

Entre los impactos negativos dejados por la “huella turística” en los países que “se abren” para abonar el camino a las transnacionales del sector, el ecologista español identifica la sobreexplotación de recursos naturales y el abandono de actividades económicas tradicionales más productivas. Lo resume así: “de los campos agrícolas se pasa a los campos de golf”.

También se propagan “falsos mitos”. Uno: que la industria turística es la más limpia de las industrias. Otro: que es generadora de empleos.

Los puestos de trabajo que se crean en el sector son en su mayoría estacionales, precarios y de mala calidad, dice, y toma como ejemplo a Marruecos, donde “en muchos casos ni siquiera se garantizan los estándares mínimos de la OIT”. República Dominicana, México, Kenia, Tanzania, Brasil podrían haber sido otros.

En cuanto a la pretendida inocuidad ambiental de la “industria sin chimeneas” Fernández Miranda subraya que algunas de las más importantes cadenas hoteleras han sido acusadas de destruir recursos naturales y de apropiarse de otros como el agua.

Y agrega: “detrás de ellas aparecen otras industrias, como la inmobiliaria y la del transporte internacional, que figuran entre las de mayor impacto ambiental”.

Un botón de muestra del modus operandi de las agencias inmobiliarias internacionales allí donde encuentran escasas regulaciones: el catalán Grupo Sánchez, que promueve la venta de un megacomplejo de lujo (viviendas y hoteles) en Río de Janeiro.

Ese “paraíso a sólo siete horas de Europa”, según dice la publicidad presentada por el futbolista Ronaldo, se levantará en zonas de dunas donde no podría haber

construcciones de tal magnitud. En la España actual no hubiera contado con un permiso ambiental.

El sector hotelero aparece también mencionado, junto al de los hidrocarburos, la electricidad, y el pesquero, entre aquellos con mayor potencial para “causar daños ambientales” y violar normas laborales en la investigación “Los nuevos conquistadores. Multinacionales españolas en América Latina”, publicada a fines de 2009 por Greenpeace España.

Ese informe, que se basa en datos recabados en Argentina, Brasil, Chile y México, responsabiliza al Estado español, independientemente del color político de sus gobiernos, de favorecer, mediante créditos y diversos instrumentos, incluida la presión sobre gobiernos locales, la expansión internacional de empresas ibéricas que violan derechos medioambientales, sociales y laborales de la población de los sitios en que se instalan.

Por lo general, dice Greenpeace, esas compañías son las que más brillan en la retórica corporativa al uso sobre responsabilidad social empresaria.

Y según asegura a su vez Rodrigo Fernández Miranda, destacan como “uno de los sectores globales que proporcionalmente menos inversión dedica a políticas” activas en ese plano.

América Latina: La depredación social y ambiental de las multinacionales hoteleras

Alba Sud *

investigación y comunicación para el desarrollo



Texto y edición

Daniel Gatti

Diseño

Darío Falero

Febrero | 2011

© Rel-UITA

Secretaría Regional Latinoamericana de la UITA

Wilson Ferreira Aldunate 1229-201

C.P. 11.100 - Montevideo Uruguay

Tel.: (598) 2900 7473 - 2902 1048 / Fax: 2903 0905

uita@rel-uita.org